



MARIPOSAS VIOLENTAS

ALISSA BRONTË





**MARIPOSAS
VIOLENTAS**

ALISSA BRONTË

MARIPOSAS VIOLENTAS

ALISSA BRONTË



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, octubre 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-58-6
Depósito Legal: CS 751-2025

© del texto, Alissa Brontë
© de la cubierta, Borja Puig
Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para las que aman a pesar de las cicatrices.
Para las que necesitan historias que duelan,
que arañen, que sangren de verdad.
Para las que se enamoran de almas grises
y no piden perdón por ello.
Porque en el infierno también hay mariposas.
Y algunas... vuelan con el alma y las alas rotas.

Prólogo

El golpe sordo retumbó contra la carne. La sangre corrió espesa desde la boca del hombre atado a la silla, goteando sobre el suelo ya manchado de otras vidas. Las paredes de hormigón absorbieron el eco como si fueran cómplices del silencio.

El tic-tac del reloj en la pared era apenas audible entre los jadeos del moribundo. En el exterior, todo seguía su curso. El mundo nunca se detenía, ni siquiera cuando alguien agonizaba, luchando por un aliento que no volvería a recuperar.

Luca «El Cuervo» De Santis observaba en silencio desde las sombras, con mirada imperturbable, como siempre. Su presa jadeaba, mientras el aire escapaba con dificultad de sus pulmones rotos. Hacía tiempo que Luca había dejado de sentir compasión, si es que alguna vez la había tenido. En su mundo, la vida era efímera, y el dolor un recordato-

rio constante de la traición. Él era el ejecutor, la mano invisible de la retorcida justicia que gobernaba su mundo.

Pero esa noche, algo era diferente.

El humo denso de los cigarrillos formaba espirales perezosas en el aire viciado, mientras el hedor metálico de la sangre impregnaba todo a su alrededor. Luca sentía la familiar presión de su arma bajo la chaqueta de cuero, pesada y cálida; un recordatorio de su propósito. El hombre atado a la silla apenas emitía un susurro entrecortado; sin embargo, su mirada perdida estaba fija en algún punto más allá del dolor.

Entonces, ella apareció.

La puerta de metal oxidado se abrió con un chirrido, y sus tacones resonaron como truenos sobre el frío cemento. Era un sonido extraño en ese lugar, porque nadie caminaba por ahí con semejante confianza. Ni sin ella. Por lo general, no entraban caminando. Más bien, arrastrados...

Luca se mantuvo oculto en las sombras, con los músculos tensos, observándola. Una desconocida en

ese lugar de sombras; una belleza rota en ese lóbrego infierno. La luz parpadeante del techo se reflejaba en sus ojos, que escudriñaban el entorno con cautela, aunque sin miedo. Cada paso estaba cargado de una determinación inquietante, como si la mujer supiera exactamente dónde estaba y qué iba a encontrar.

No tenía derecho a estar ahí. Sin embargo, lo estaba.

Luca apretó los dientes mientras la observaba cruzar la habitación con una serenidad que no correspondía a la escena que se desarrollaba a su alrededor. Había una frialdad en su presencia, una distancia que lo irritaba de una manera que no entendía. ¿Quién era ella? Y más importante aún, ¿qué demonios estaba haciendo ahí?

—¿Quién eres? —preguntó Luca. Su voz fue un susurro frío, casi un gruñido. No necesitaba gritar para hacerse oír; su tono bastaba para estremecer al más fuerte.

Ella, en cambio, no se inmutó.

Elevó la cabeza con una calma desafiante. Su mentón se alzó, y los labios rojos como el vino se

curvaron, aunque no lo bastante para ser una sonrisa. Tenía el porte de quien no teme a la muerte. De quien ya la ha desafiado. Y ha ganado.

—Mi nombre no es importante —respondió con una voz suave pero firme. Su acento era indescifrable en sus oídos, con un eco de tierras lejanas—. Estoy aquí por algo más grande que tú... o yo.

Luca dio un paso al frente, dejando que su figura emergiera de las sombras como un lobo acechando a su presa. Aquel espacio estaba repleto de muerte, pero ella no vaciló ni por un segundo. Su mirada rozó al hombre moribundo, pero no mostró ni una pizca de horror.

Había algo en ella. Una fractura distinta. Una grieta que no se notaba, pero que lo inquietaba.

La mayoría de las personas que entraban en su mundo lo hacían con el pánico reflejado en sus rostros. Pero ella... Ella no parecía estar en absoluto afectada por el caos que la rodeaba.

—¿Sabes dónde te encuentras? —preguntó Luca, acercándose lo suficiente para que el olor a pólvora y

cigarrillos impregnara el aire entre ellos. Su voz era baja, amenazante.

Ella asintió con una inclinación apenas perceptible.

—Sé exactamente dónde estoy —respondió. La firmeza en su voz hizo que algo dentro de Luca se tensara aún más.

«Una mariposa en la tormenta», pensó Luca, mientras la estudiaba más de cerca. Frágil y a la vez indomable. Había visto mariposas antes, criaturas etéreas que revoloteaban sin rumbo, destinadas a ser aplastadas por el primer viento fuerte. Pero esta... Esta parecía diferente. Parecía capaz de sobrevivir incluso a la tormenta más feroz.

El silencio entre ellos era palpable, denso como el humo que llenaba el cuarto.

Luca notó que su mano, entrenada para la violencia, se había tensado en un puño. No estaba acostumbrado a este tipo de interrupciones. La rutina era clara: encontrar, capturar, eliminar. No había espacio para complicaciones.

Sin embargo, ella era la complicación.

—No sé cómo has encontrado este lugar, pero deberías irte —gruñó Luca. Su tono era implacable, y sus palabras como cuchillas cortando el aire entre ellos—. Si valoras tu vida, no vuelvas.

Ella esbozó una sonrisa, pequeña, apenas una curva en los labios. Pero en esos ojos intensos había algo más que desafío. Había una aceptación fría y una comprensión que desconcertaba a Luca.

—Mi vida no vale nada para ti —replicó con calma.

A pesar de lo sutil de su gesto, el pulso de Luca se aceleró. No por miedo, sino por algo más profundo, más visceral: una chispa. Una chispa que no había sentido en años.

En ese instante, el hombre a sus pies emitió un último gemido, antes de perder la conciencia que Luca ignoró por completo. Toda su atención estaba en ella.

Ella: la complicación. La mariposa violenta en su tormenta personal.

Y, por primera vez en años, Luca no tenía ni idea de lo que tenía que hacer a continuación.

Capítulo 1

Entre sombras y alianzas

Luca «El Cuervo» De Santis estaba acostumbrado a seguir órdenes. Nunca había cuestionado a su jefe y, desde luego, no había esperado debatirse entre seguirlas o desobedecerle por primera vez: la asignación que acababa de recibir lo había puesto más inquieto de lo que jamás admitiría. Y no era la misión lo que le molestaba, no; era su nueva compañera.

«Tendrás que trabajar con ella, Cuervo».

Esas palabras seguían rebotando en su cabeza, mientras caminaba por un estrecho callejón de las afueras de la ciudad. Su chaqueta de cuero se agitaba por la brisa nocturna.

El jefe nunca había dado explicaciones innecesarias, y Luca no era de los que hacían preguntas. Pero esta vez... ¡Maldita fuera! Algo en el tono de su voz lo había dejado intranquilo.

La mujer lo esperaba al final del callejón, donde

las luces de neón apenas alcanzaban a iluminar el humo que salía de las alcantarillas. Su silueta, vestida de negro, se recortaba contra la oscuridad, como si fuese una extensión de las propias sombras. La misma determinación en sus ojos. La misma calma fría que había visto en su primer y único encuentro. Sin embargo, algo había cambiado en ella. Una seguridad diferente: sabía que esta vez era indispensable. Era una complicación, y Luca odiaba las complicaciones.

—Llegas tarde —soltó la mujer sin preámbulos. Su voz era suave. Otro engaño más.

Luca se detuvo a unos metros de distancia, cruzando los brazos sobre su pecho. La luz tenue iluminaba apenas el borde de su mandíbula, y la mirada de depredador estaba fija en ella. Fría, contenida, peligrosa, así la percibía. Y, detrás de todo ese control, Luca podía sentir algo más. Algo que lo mantenía alerta.

—Nunca llego tarde —respondió con tono seco—. Es el mundo el que llega temprano.

Ella esbozó una sonrisa. Apenas fue una mueca

fugaz en la comisura de los labios, con sus ojos aún clavados en él, evaluándolo. Era como si estuvieran en un duelo constante, donde cada palabra, cada mirada, fuera una batalla para mantener el control.

—Si hemos de trabajar juntos, deberías saber algo sobre mí —aclaró dando un paso más cerca. Lo suficiente para que Luca pudiera ver el brillo de su determinación en los ojos—. Ni sigo órdenes, ni confío en ti.

Luca esbozó una sonrisa mordaz, sacudiendo la cabeza con una mezcla de incredulidad y diversión. ¿Ella no confiaba en él? Era casi irónico, considerando que había matado a personas por mucho menos. Debía reconocer que cojones no le faltaban.

—Eso nos deja en tablas —contestó, con la voz cargada de un desafío que ella no podía ignorar—. Tampoco confío en ti.

El silencio entre ellos era denso, pesado, lleno de cosas que ninguno de los dos estaba dispuesto a decir. Pero esa era la realidad de su mundo. Confiar en alguien era abrir la puerta a la traición, y la traición

siempre llegaba como una bala en la oscuridad: rápida y silenciosa.

Después de un rato, ella rompió el silencio.

—Tenemos que infiltrarnos en Il Palazzo esta noche. Mi contacto estará ahí, pero no te garantizo la lealtad de todos los presentes —recalcó de manera profesional—. Necesito que me cubras las espaldas mientras llevo a cabo lo que tengo que hacer.

Luca dejó escapar una suave y ronca carcajada, algo que lo pilló desprevenido. No era su estilo ser la sombra de nadie. Él era quien acechaba, quien cazaba. Aunque, al parecer, esta vez el juego era diferente.

—Y si decido que tu espalda no es mi problema, ¿qué pasa entonces? —interrogó, con los ojos clavados en ella, desafiándola a mostrar alguna debilidad.

Sin embargo, no titubeó.

—Si fallamos, ambos moriremos —afirmó con calma.

Y esa respuesta prendió una chispa en Luca. Un calor olvidado: emoción. Había algo más grande en

juego aquí, algo que ella no revelaba. Y, de nuevo, el pensamiento volvió:

«Frágil, pero capaz de causar estragos si la subestimamos».



Las luces brillantes de Il Palazzo se alzaban como un faro entre las sombras de la ciudad. Una joya decadente en medio del caos. La fachada, de mármol blanco, estaba adornada con columnas doradas y detalles barrocos que, bajo la luz artificial de los focos, reflejaban la opulencia de un lugar que no solo era usado como casino, sino como una fortaleza de poder. Dentro de sus muros, los secretos más oscuros de la mafia y las apuestas más peligrosas se tejían bajo la vigilancia constante de hombres de negocios, jefes de familia y criminales de toda índole.

A pesar de todo el glamur, Luca podía sentir el hedor de la corrupción, de las alianzas secretas que nacían y morían entre esos muros.

Las puertas se abrieron con un chirrido elegante, y un golpe de aire cargado de perfume, alcohol y mentiras les dio la bienvenida. El salón principal parecía una fotografía congelada en rojo, oro y sombras: las alfombras color carmesí devoraban los pasos y los candelabros titilaban como si intuyeran secretos.

El bullicio dentro de Il Palazzo era casi ensordecedor: risas falsas, copas de cristal chocando y las máquinas tragaperras emitiendo su letanía de luces y sonidos metálicos. La música jazz se filtraba desde algún rincón oscuro del lugar, mezclándose con el zumbido constante de las conversaciones. Sin embargo, bajo esa inocente apariencia, Luca podía sentir el peligro acechando, como el filo de un cuchillo escondido bajo la seda.

Giada no perdió el tiempo. Se movía con la gracia de un depredador en su territorio, atrayendo miradas, pero sin invitar a ninguna interacción. Se deslizaba entre los jugadores, evadiendo las manos que intentaban tocarla con una facilidad que revelaba su conocimiento del sitio. Caminaba como si perteneciera a ese mundo de espejismos.

Luca, en cambio, era una sombra más entre los reflejos, observando. Sintiendo. Preparado.

—¿Vienes aquí a menudo? —preguntó, rompiendo el silencio tenso entre ellos, mientras esquivaba a un grupo de hombres que discutían en una mesa de póker; sus voces estaban cargadas de alcohol y arrogancia.

—Solo cuando estoy segura de que la casa va a perder más que yo —replicó sin mirarlo.

—¿Y eso pasa muy a menudo? —insistió.

—Lo bastante para saber que la lealtad aquí se compra y se vende más rápido que las fichas —murmuró, apenas moviendo los labios—. Hoy nadie hará preguntas sobre tu presencia, por si es lo que te preocupa.

Y no se trataba de su presencia. Se trataba de ella. Algo no cuadraba. Desde que su jefe lo había obligado a tomar esa misión, había sentido que estaba siendo manipulado, como una pieza más, en un juego del que no conocía las reglas.

Y no le gustaba.

Ni un poco.

Luca esbozó una mueca, que no llegó a ser una sonrisa, y escaneó el entorno. Reconoció a varios prestamistas, corredores... Incluso a un par de viejos enemigos camuflados entre tragos caros. Había algo enfermizo en cómo ese lugar sabía ocultar la violencia bajo el brillo efímero de las lentejuelas.

Pasaron junto a una mesa de ruleta. Una mujer con vestido plateado lanzó la bola y murmuró algo en ruso. Al fondo, un saxofón lloraba su soledad en el escenario.

Giada se detuvo durante un segundo, observando a un jugador que se reía demasiado fuerte. La mano femenina se deslizó hacia la parte baja de su espalda, donde el cuero ocultaba el mango de una daga tan negra como su intención.

Precavida.

Siempre alerta.

Eso le gustaba.

—¿Ese es tu contacto? —susurró él.

—No —respondió—. Ese es el cabrón que vendió mi ubicación la última vez.

Ambos se miraron apenas un segundo, pero fue

suficiente. Luca entendió que el juego no era solo información. También había venganza. Y quizás algo más.

—Il Palazzo es más que un simple casino, Cuervo —continuó Giada, mientras se deslizaban hacia las escaleras laterales. Tras subir algunos peldaños, se detuvieron frente a un ascensor privado. Las puertas de acero bruñido brillaban bajo las luces del lugar—. Aquí no solo se apuesta dinero. Aquí se decide quién vive y quién muere.

Luca se giró hacia ella. Sus ojos fríos se clavaron en los suyos. Algo en su tono le hizo saber que había más en sus palabras de lo que decía abiertamente.

—¿Y qué estamos apostando hoy, Giada? —preguntó con su voz baja, como el eco de una amenaza latente.

Ella lo miró de reojo, y una sonrisa enigmática cruzó su rostro, antes de desvanecerse tan rápido como había aparecido.

Las puertas se abrieron en ese instante, y ambos entraron. El silencio del ascensor fue un alivio tras el bullicio del casino. El espacio cerrado los obligó a

estar más cerca, con los cuerpos casi tocándose. Luca podía oler el perfume de Giada: floral, pero con una nota de peligro, como si debajo de esa suavidad hubiera algo más afilado.

—No me has contestado —afirmó en un susurro, acercándose un paso más.

—Hoy estamos apostando nuestras vidas, Cuervo —reconoció, imitando su gesto.

Apenas el aire los separaba.

Luca trataba de descifrarla, pero era un enigma. Su mirada no le daba ni una pequeña pista de lo que, en realidad, habían ido a hacer. Ni tampoco mostraba ningún sentimiento. ¿Tenía miedo? ¿Le importaba seguir con vida? ¿Era venganza ese brillo oculto tras el resto de las capas de indiferencia?

Las puertas del ascensor se abrieron con un suave chasquido y, de inmediato, Giada se alejó de él.

Tras caminar varios metros por un largo pasillo, llegaron a una sala privada, oculta por una cortina de terciopelo rojo tan demacrado como todo lo que la rodeaba.

El ambiente cambió al instante.

Tras esa cortina no se apostaba dinero: se apostaban vidas. Ahora entendía sus palabras.

—Es aquí —susurró ella. Su voz apenas rozó su oreja.

Luca se tensó. Podía sentirlo en el aire, la electricidad del peligro. Sabía que algo no andaba bien, pero, con la poca información que contaba, no podía decir de qué se trataba. Tan solo tenía claro que caminaba sobre una cuerda demasiado delgada, y colocada a demasiada altura.

Dentro de la sala, un hombre los esperaba sentado tras una mesa de mármol negro, fumando un puro sin prisa, mientras jugaba con una daga que sostenía en la otra mano. Levantó la mirada al verlos entrar, y una sonrisa torcida apareció en su rostro.

—*Cara mia...* —dijo con voz profunda—. Sabía que vendrías.

El hombre se levantó de la silla de cuero negra. Su corpulencia era intimidante, a pesar de su aspecto relajado. Fumaba un puro grueso y sus ojos, pequeños y azules, se clavaron en Giada con una mezcla de deseo y amenaza. Era un hombre que disfrutaba del

poder, y el simple hecho de llamarla *cara mia* parecía ser una burla velada; un recordatorio de su superioridad.

Luca se tensó. Sabía que no era alguien con quien jugar.

—Dmitri —lo saludó Giada, caminando hacia la mesa de mármol negro en el centro del salón. Sus tacones resonaron en el suelo, de igual manera que lo hicieron en su sótano—. Sabes por qué estoy aquí —afirmó rotunda, sin dejar lugar para juegos inútiles.

—Lo sé muy bien —respondió Dmitri con una risa gutural—. Aunque no esperaba que vinieras acompañada. ¿Tu perro guardián?

Giada no vaciló; su rostro era una máscara de control absoluto.

Luca dio un paso hacia delante. Su postura era amenazante. No le gustaba ser subestimado, y menos aún que lo compararan con un perro.

—Los perros muerden, y no siempre avisan antes de atacar —gruñó.

Dmitri lo miró durante un largo segundo, eva-

luando la amenaza. Finalmente, soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—*Cara mia*, siempre con compañía tan interesante —dijo, dirigiéndose de nuevo a ella, mientras apagaba el puro en un cenicero de plata—. Pero dejémonos de juegos. Sabes que aquí todo tiene un precio, Giada.

La forma en que Dmitri pronunció su nombre le resultó extraña. Demasiado íntima.

Luca no solía pensar en nombres. Los evitaba, como se evita todo lo que humaniza a quien puedes perder. Pero el suyo... Giada. Jade. Verde. Como los ojos que no había dejado de esquivar desde que la conoció. ¿Era su nombre real o la llamaban así por el color de sus ojos?

Giada se sentó frente al hombre, cruzando las piernas con una elegancia que contrastaba con el frío ambiente del salón.

—Todo tiene un precio, Dmitri —indicó, clavando los ojos en él—. Como también sé que el precio de la traición es más alto que el de cualquier otra apuesta.

El hombre soltó una carcajada gutural que resonó por la sala.

—Siempre tan elocuente, Gi. Pero te olvidas de algo —Dmitri levantó una mano y, de inmediato, varios hombres armados salieron de las sombras, apuntándolos con armas. Luca se tensó: era una trampa y estaban atrapados—: siempre hay más sombras de las que se pueden ver —afirmó. Su sonrisa era cada vez más amplia, mientras sus hombres se acercaban—. Y tú has subestimado las mías.

Luca sentía cada músculo preparado para la masacre. Su mente trabajaba a toda velocidad, sopesando todas las opciones. De reojo, miró a Giada, que no parecía asustada, ni inquieta o sorprendida. Esperaba justo eso. Se giró hacia Luca, con la mirada tranquila y sin rastro de duda.

—Prepárate, Cuervo —susurró, con los labios rozando apenas el borde del peligro—. El juego acaba de empezar.

Y, entonces, se desató el infierno.

Capítulo 2

El infierno desatado

De repente, todo explotó.

El aire en Il Palazzo cambió en un instante, volviéndose denso y cargado de violencia contenida. Luca lo sintió en cada fibra de su ser, como una corriente eléctrica recorriendo sus venas.

Los hombres de Dmitri se abalanzaron sobre ellos, rodeándolos con pistolas y cuchillos en mano. Era una emboscada bien planeada; uno de esos momentos en los que todo podía acabar en segundos, y muy mal para ellos.

Dmitri se quedó en su sitio, con una sonrisa burlona dibujada en los labios, observando el espectáculo como un titiritero que disfruta viendo a sus marionetas danzar al borde de la muerte.

—Siempre tan confiada, Giada —dijo, y su voz profunda resonó en la sala—. Pero esta vez, tu con-

fianza te costará caro. Y a ti también..., Cuervo —masculló con desprecio su nombre, como si con solo pronunciarlo le llenase la boca un sabor amargo.

Luca no respondió.

Sus músculos estaban tensos, listos para saltar en el instante preciso. No le gustaba hablar cuando la muerte estaba tan cerca. Era el momento de hacer lo que mejor sabía hacer: matar.

Luca, acostumbrado a este tipo de caos, se movió con una precisión mortal. Desarmó al primer hombre que se le acercó, utilizando el arma contra su dueño, antes de que los demás pudieran reaccionar. El salón se llenó de disparos, mientras el ruido reverberaba en las paredes de mármol.

Giada se movió antes de que Luca pudiera reaccionar.

Con una rapidez mortal, sacó una pequeña pistola oculta en su cinturón, disparando con una frialdad que Luca no había anticipado. Disparó al primer hombre que avanzó hacia ella, una bala precisa que atravesó su cráneo, y lo hizo caer al suelo, tan pesado como un saco de cemento.

La calma en su rostro no se rompió ni por un segundo.

Era rápida, letal y no dudaba en apretar el gatillo. Cada bala encontraba su objetivo con precisión quirúrgica.

—¡Al frente! —gritó a Luca, con sus miradas encontrándose por una fracción de segundo.

Luca se lanzó hacia delante como una bestia desatada.

Golpeó al hombre más cercano, un golpe seco al mentón que lo derribó, antes de arrebatarse la pistola y disparar al siguiente en la fila.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos: disparos, gritos y cuerpos cayendo al suelo, con el peso de la violencia que se desataba en la sala.

El caos se extendió por la habitación, y Luca se movió con una precisión letal. Había brutalidad en su forma de luchar, pero también una elegancia calculada. Cada movimiento era eficiente, diseñado para matar o neutralizar con la menor cantidad de esfuerzo posible. Golpeaba, disparaba y seguía adelante. Nunca dudaba.

Giada, por su parte, era un torbellino de acción. Disparaba con una calma y frialdad que contradecía la violencia a su alrededor. Sus movimientos eran fluidos, como si hubiera sido entrenada para ese tipo de situaciones toda su vida. Y quizás lo había sido.

El infierno se había desatado, y ellos se movían como demonios entre las llamas. Luca sintió una fricción de peligro, justo cuando una bala pasó rozando su brazo. Giró sobre sus talones y apenas evitó un disparo que habría sido fatal.

El hombre que le disparó no tuvo la misma suerte cuando Luca le clavó un cuchillo en el pecho, con un movimiento rápido. El filo desapareció entre las costillas del desafortunado guardia, que cayó al suelo con un gorgoteo.

—¡A la izquierda! —gritó Giada, y su voz resonó cortante en medio del estruendo.

Luca se giró justo a tiempo para ver a dos hombres más avanzar hacia ellos. Uno empuñaba una daga y el otro una pistola.

«No hay tiempo para pensar. Solo actúa», resonó

en la mente de Luca; un mantra que entonaba en situaciones como esta.

Giada rodó por el suelo, esquivando los disparos del hombre con la pistola, y con un tiro certero lo alcanzó en la garganta.

El hombre se desplomó, ahogándose en su propia sangre.

Luca, por su parte, se lanzó sobre el otro atacante, desarmándolo con un golpe limpio en la muñeca, antes de hundir el cuchillo en su cuello. El hombre soltó un gemido sordo, para caer a continuación; su sangre salpicó el suelo de mármol.

No había tiempo para detenerse.

Luca y Giada estaban rodeados, y los hombres de Dmitri seguían acercándose como lobos que cazan en manada. No había escapatoria visible; solo una muerte segura, si no mantenían la cabeza fría.

Dmitri observaba la escena con una mezcla de sorpresa y diversión, como si no creyera que ellos pudieran salir con vida de esa situación. Pero ambos se movían como un equipo bien coordinado, y sus

movimientos estaban perfectamente sincronizados, sin necesidad de palabras.

Luca derribó a otro hombre con un solo golpe, mientras Giada disparaba hacia los guardias que intentaban rodearlos.

—Sigues siendo impresionante, *cara mia* —murmuró Dmitri, levantándose despacio de su asiento—. Pero, lamentablemente para ti, tus trucos no serán suficientes esta vez.

Giada no respondió. Estaba ocupada disparando a otro hombre que había intentado acercarse a ellos. Su concentración era total, sus manos firmes, aunque Luca pudo ver el cansancio comenzando a aflorar en su expresión. El infierno no daba tregua y la sangre teñía el aire con su olor metálico.

—¡Nos estamos quedando sin tiempo! —gritó, mientras retrocedía hacia Luca.

Él lo sabía. Estaban en una posición desfavorable, atrapados en un salón lleno de cadáveres y enemigos, pero aún no estaba dispuesto a rendirse. Las balas seguían silbando cerca, rebotando en las paredes de

mármol, y sus opciones se reducían a una: improvisar.

Levantó la vista.

Una lámpara de cristal colgante —enorme, pesada, más decorativa que funcional— oscilaba ligeramente sobre un grupo de hombres que les cortaban el paso. El cable que la sujetaba parecía fino. Antiguo.

—Cúbreme —ordenó con voz seca.

Apuntó. Disparó. Erró por centímetros. Maldijo por lo bajo.

Volvió a intentarlo y, esta vez, el disparo impactó de lleno en la base metálica que unía la cadena al techo.

Se oyó un chasquido violento.

La lámpara cayó con un estruendo seco, arrastrando fragmentos de cristal y hierro, reventando la mesa debajo y lanzando a los hombres contra el suelo, entre gritos y crujidos.

El salón se llenó de polvo y caos. Fue solo un instante, pero suficiente.

—¡Ahora! —soltó, tirando de Giada hacia el

pasillo lateral—. Por aquí —dijo Luca, señalando una pequeña puerta en la esquina de la sala.

No había notado antes esa salida, oculta entre las sombras y las columnas decorativas.

Ambos se movieron con rapidez, disparando a cualquiera que se atreviera a seguirlos.

Los guardias restantes comenzaron a vacilar, viendo cómo sus compañeros caían uno a uno, y algunos retrocedieron, dudando.

Dmitri, furioso, maldijo entre dientes y retrocedió un paso, cubriéndose con el antebrazo.

—¡Cobardes! —bramó, con el rostro contorsionado de ira—. ¡Matadlos!

Pero sus palabras cayeron en oídos sordos.

Una explosión sorda sacudió el pasillo, seguida de un crujido que heló la sangre. El techo, inestable tras la caída de la lámpara, empezó a resquebrajarse. Trozos de yeso y polvo comenzaron a llover, obligándolos a cubrirse.

Los guardias sabían que el precio de enfrentarse a Luca y Giada podría ser demasiado alto. Ya habían visto suficiente muerte esa noche.

Dmitri gritaba órdenes al otro lado, pero sus hombres no se atrevieron a cruzar de inmediato. La estructura vibraba como si fuera a ceder por completo y, por un instante, ni el más leal quiso arriesgarse a morir aplastado por el techo de mármol.

—Eres más peligrosa de lo que recordaba, *caramia* —comentó. Su voz sonaba ronca por la furia contenida—, pero esto no ha terminado.

—No, Dmitri. Para ti sí ha terminado —respondió, antes de girarse hacia Luca—. Vámonos.

Luca y Giada aprovecharon el caos y corrieron sin mirar atrás.

Alcanzaron la puerta y la atravesaron, adentrándose en un pasillo oscuro y estrecho. La puerta se cerró de golpe tras ellos.

—¡Corre! —ordenó Luca, empujando a Giada delante de él.

Luca, aún con la adrenalina corriendo por sus venas, la siguió sin decir una palabra. Sabía que ese no era el final, sino el principio de algo mucho más grande.

Había demasiadas preguntas sin respuesta, y una

de ellas tenía el nombre de Giada estampado en cada bala disparada esa noche. Ahora, más que nunca, sabía que ella era la clave para desentrañar ese misterio.

Cerca de la salida, Giada se apoyó contra la pared, respirando con dificultad, pero con los ojos todavía alertas. Luca observó su perfil por un momento, antes de girar la cabeza hacia el pasillo que dejaban atrás, asegurándose de que nadie los siguiera.

—¿Estás bien? —inquirió Luca. Su voz resonó áspera por el esfuerzo y la adrenalina.

Giada asintió, aunque su rostro estaba más pálido de lo habitual.

—No es la primera vez que hago esto, Cuervo —respondió con un tono que intentaba ser desenfadado, aunque Luca podía ver el cansancio reflejado en sus ojos—, pero gracias por preguntar.

Luca se acercó; sus ojos recorrían con rapidez el pasillo. No había salida fácil, pero al menos habían ganado algo de tiempo.

—Tenemos que movernos —dijo con voz grave—. No podemos quedarnos aquí.

Giada asintió de nuevo y se apartó de la pared, aunque su cuerpo mostraba signos de fatiga.

Juntos, comenzaron a avanzar por el pasillo. Sus pasos resonaban con suavidad en la oscuridad. Sabían que Dmitri no se quedaría quieto por mucho tiempo.

Por fin, encontraron una puerta que daba a un callejón trasero, oscuro y húmedo.

Luca la abrió con cuidado, asomándose para asegurarse de que no había más guardias esperándolos.

—Por aquí —murmuró.

El Palazzo se alzaba detrás de ellos, todavía brillante, todavía decadente. Pero ahora, en su interior, las sombras se movían de manera diferente, y Luca sabía que, si quería sobrevivir en este nuevo juego, tendría que aprender a moverse entre ellas, justo como lo hacía Giada.

El frío de la noche tan solo era un alivio temporal. La amenaza no había terminado; Dmitri no los dejaría ir con facilidad. Ahora, más que nunca, estaban en su radar y el juego, lejos de terminar, había subido de nivel. A uno más peligroso.

Giada contempló a Luca. Su expresión era seria.

—Esto está lejos de terminar, Cuervo —reveló, con un susurro apenas audible.

Luca asintió. Sus ojos brillaban bajo las luces distantes de la ciudad.

—Lo sé —reconoció, con su voz tan grave como el peligro que se cernía sobre ellos—, pero, cuando el infierno te reclama, solo queda seguir luchando.

Y, con esas palabras, ambos desaparecieron en la oscuridad del callejón, con la certeza de que la próxima jugada sería la más peligrosa de todas.